

CONTRA-HISTORIA DE LA ACELERACIÓN

Grégory Chatonsky - Yves Citton

Traducción: Emilio Inchauspe

La innovación está por venir. Es anticipar la destrucción del objeto por su utilización o su usura, y anticipar el fin de la relación comercial por la absolución del precio. Cuando no pasa nada, nos liberamos y ya. Solo podemos recomenzar. El comercio de lo nuevo no deja rastros, no abre más heridas que cualquier otro comercio.

Jean-François Lyotard

De la retención a la distensión

Inspirado en la tradición fenomenológica, Bernard Stiegler sostiene que diferentes formas de *retención* constituyen modalidades de la memoria que permiten la reiteración —el recuerdo— que estructura nuestra relación con el tiempo.¹ La retención *primaria* designa la inmediatez de la intuición o de la percepción. Por ejemplo, escuchar una nota musical que surge en la conciencia. La retención *secundaria* corresponde a la temporalización del entendimiento que compara, anticipa y recuerda diferentes eventos. Por ejemplo, percibir una continuidad entre notas musicales que forman una melodía musical. La retención *terciaria*, en la cual la percepción de esos eventos se inscribe en un soporte material y permite su repetición técnica. Por ejemplo, en un disco donde la melodía es grabada, externalizada y se convierte en reproducible y compartible en el espacio y el tiempo.

Los desarrollos técnicos de las últimas décadas permitieron la emergencia masiva de lo que podemos denominar retenciones *cuaternarias*, cuya especificidad radica en que se centran en los gestos y hábitos atencionales que subyacen a nuestras retenciones primarias. Estos registros, que suelen ser realizados por dispositivos técnicos a gran escala (plataformas digitales), apuntan a aquello que cliqueamos o *swipeamos*, las correlaciones entre nuestros gestos digitales y los de otros usuarios, el tiempo que pasamos en tal o cual contenido. Estamos así en el dominio de la

¹Bernard Stiegler, *La technique et le temps* (1999-2002), Paris, Fayard, 2018.

metaatencionalidad y los metadatos: se registran los procesos mismos de atención, más que sus objetos sensoriales. Debemos comprender el cambio del nombre de Google a Alphabet y el de Facebook a Meta como un síntoma de esta *meta-ización* catalizada por las retenciones cuaternarias: las empresas tecnológicas tienen la tendencia de posicionarse ya no como productores de contenido, sino como metaplataformas estructurantes de las condiciones de posibilidad de toda producción. Esta meta-ización no es accidental ni contingente; responde a la lógica profunda del capitalismo cognitivo, que tiende a elevarse progresivamente a niveles cada vez más altos de abstracción y a instancias meta-referenciales para capturar el conjunto de procesos relativos a la atención y la memoria.

En el seno de las operaciones realizadas por las IAs, las retenciones cuaternarias (meta-atencionales) mantienen relaciones complejas y estrechas con las retenciones terciarias (frases, imágenes, sonidos) sobre las que tratan. Forman una *cuarta memoria* definida como el tratamiento estadístico de las retenciones terciarias que realizan las IAs, que ya no tiene como objetivo la reproducción fiel de lo que ha sido, como hacen las retenciones terciarias (memorización reproductiva), sino que funciona según una lógica inédita. La cuarta memoria se nutre del pasado de las retenciones terciarias para *hacerlas posibles* en su espacio latente, y poder a la vez anticiparlas (si prestaste atención a esto, es probable que también lo hagas con esto otro) y regenerarlas (lo que será probablemente más una variación que una repetición). En esta operación, la semejanza misma, entendida como representación mimética, es automatizada, marcando una nueva etapa en el complejo proceso de industrialización. Esta *industrialización de la semejanza*, que no produce automáticamente productos idénticos, sino variaciones de *patrones*, marca la entrada en un nuevo régimen ontológico donde la diferencia deviene productiva.

¿Podemos hablar todavía de memoria, de retención, de archivos y de historia? La pregunta no es solamente retórica; involucra nuestra comprensión de la temporalidad en la era digital. Las retenciones secundarias y terciarias, como

memorización de la percepción y como acción de guardar para nosotros mismos aquello que de lo contrario debería dispersarse, no han quedado obsoletas, pero se ven superadas por la dinámica propia de las retenciones cuaternarias. Estas capturan, forjan y dan forma al futuro al crear un bucle automatizado entre el futuro y el pasado —en un mix que podríamos llamar *pretensión* (un salto [*saute-mouton*] de *retenciones* a *protensiones*). Mediante ese movimiento de pretensionalidad, la retención se proyecta más allá de sí misma, determinando retroactivamente un horizonte futuro, invirtiendo así la clásica flecha temporal. Una adaptación retroactiva ajusta nuestros recuerdos a los formatos predeterminados de las infraestructuras digitales, induciendo una mutación antropológica de la que estamos lejos de haber medido todas sus consecuencias.

Para pensar esta dinámica, proponemos la noción de *distensión*, que designa la dinámica pretensional que estructura nuestro comportamiento mediante un instantáneo ir y venir entre retenciones terciarias (aquello que guardamos del pasado) y protensiones (aquello que proyectamos hacia un futuro preformado) según los datos recopilados sobre los gestos atencionales con los que se acogieron estas retenciones terciarias. Este término nos hace pasar de aquello que se «retiene» (*tenere*) del pasado a lo que se «tiende» (*tendere*) hacia un futuro o hacia un determinado atractor. La distensión puede aumentar el volumen o la superficie de un cuerpo, sometiéndolo a una fuerte tensión. También puede aflojar los lazos que unen un todo o que vinculan varias cosas entre sí. Así, la distensión constituye una extensión, en tanto a partir de retenciones terciarias, multiplica la cantidad de documentos, creando una retención de retenciones, una atención a la atención, una memoria de la memoria, una proliferación de metadatos relacionados con los datos.

Para comprender mejor las complejas operaciones de los LLMs, distinguiremos cuatro tipos de representaciones: 1) una «retención terciaria» registró un evento (una fotografía del rostro sonriente de Kim Kardashian); 2) una «retención cuaternaria» midió los gestos atencionales (clickeé esa imagen y la retuiteé en mi teléfono); 3) a

partir del momento en que esta fotografía es incorporada al conjunto de datos de entrenamiento de una IA, ella cambia de estatus: se encuentra en un proceso de «protensión» que producirá imágenes, proceso colectivo que resulta, a la vez, de una gran cantidad de gestos atencionales pasados, y que alimenta futuros gestos atencionales, según una dinámica autorreferencial; 4) al finalizar este proceso, movilizándolo su potencia de cómputo, la IA genera una imagen inédita mediante la automatización e industrialización de la semejanza, una imagen que constituye lo que proponemos llamar *distensión cuaternaria*.

La *autorreferencialidad generalizada* que está en el núcleo de este proceso transforma nuestra relación con el tiempo. Esta singular repetición permite comprender de qué manera la semejanza mimética es repetida y automatizada como tal. En Husserl y Heidegger, las retenciones y protensiones constituían los vectores fundamentales de la temporalidad subjetiva; estaban ancladas en la experiencia vivida de un sujeto. Con la emergencia de las retenciones cuaternarias, esta temporalización se externaliza, autonomiza y automatiza —devino técnica y estadística. El *Dasein* mismo, ese «ser-ahí» cuya cuestión es el ser, se encuentra tomado en bucles retencionales y protensionales que lo descentran radicalmente: «estar-fuera» (*Außersein*). La distensión temporal nos permite comprender de otra manera la historia de la técnica. Lejos de ser simplemente un proceso de evolución progresiva o de perfeccionamiento instrumental, la historia de la técnica aparece como la gradual puesta en escena de las condiciones de posibilidad de retenciones cuaternarias: del primer sílex tallado a las redes neuronales recursivas, se observa un mismo movimiento de exteriorización y autonomización de la memoria, que hoy culmina en esta capacidad de los sistemas técnicos de generar sus propias simulaciones de lo real.

El reto político fundamental pasa a ser, por tanto, el control colectivo de estos procesos de distensión. ¿A quién le pertenece el espacio latente? ¿Quién controla los algoritmos de inducción? ¿Cómo resistir la apropiación privada, capitalista, fascista de nuestra memoria externalizada? Estas preguntas no son simplemente técnicas o

jurídicas; involucran nuestra capacidad de constituirnos como sujetos históricos en un mundo donde la temporalidad está cada vez más formada por procesos estadísticos automatizados. La distensión cuaternaria nos confronta con una situación paradójica: de un lado, parece realizar el viejo sueño de una memoria perfecta, capaz no solo de recordar el pasado, sino también de anticipar el futuro; del otro, amenaza con desposeernos de nuestra relación íntima con el tiempo, sustituyendo la temporalización existencial del *Dasein* por temporalidades algorítmicas de redes neuronales como *Außersein*.

Quiralidad de los compuestos reversibles

¿Cómo evitar la ambivalencia del *entusiasmo conjuratorio*, donde la crítica pone en escena la inmensidad de un enemigo para adjudicarse un crédito de igual importancia, donde la exaltación oculta la imposibilidad del futuro? ¿Cómo abordar esta avalancha de fenómenos reversibles que parece disolver toda significación estable? Los fenómenos parecen portar una significación presta a invertirse, palpitante en el parpadeo de su valor de verdad –mientras, de paso, el malentendido se generaliza. Esta *reversibilidad generalizada* es un rasgo distintivo de nuestra época.

El deseo de salir de ese atolladero puede provocar reacciones muy diversas: expresar una voluntad optimista para no desesperar, describir microfenómenos portadores de esperanza, inspirarse en modelos alternativos y exóticos para no caer en el cinismo, reducir la descripción a una psicología pesimista u optimista para devolvernos la esperanza. Si muchos critican el pesimismo de ciertos discursos, es porque ellos comprenden las descripciones del estado del mundo como inflexiones psicológicas y lo reconducen al reino de la subjetividad. Al oponer a ese flujo la buena voluntad y la transformación de imaginarios para cambiar el mundo, sin dudas participamos en la turbulenta multiplicación de esos torbellinos, aumentamos su flujo. Este *temblor generalizado de la verdad* no es accidental: constituye una consecuencia paradójica de la historia occidental de la verdad, que no produce una convergencia en una realidad común de «democratización del conocimiento», sino de *conflicto generalizado* de espíritus donde se trata de herir al otro e inscribir el Mal en el seno del Espíritu. Los discursos ya no tienen como ideal regulador ser los signos de una adecuación ontológica, sino ser expresiones de relaciones entre seres humanos, que son eminentemente reversibles, según la perspectiva a partir de la cual las abordamos. Los giros retóricos, con su flujo incesante, con ese ritmo locamente ingenioso que, por ejemplo, ha adoptado Trump —donde una tontería sigue a otra y todo se reduce a una cuestión de ritmo y de velocidad—, hacen temblar a las autoridades discursivas y, con ello, la posibilidad misma de una correspondencia

entre la verdad y la realidad. Hay en la verdad cierta cosa que escapa a lo real porque todas las palabras se exceden: dicen lo contrario de lo que significan y se ocultan porque forman redes. Estas redes son ahora las de unos dispositivos informáticos que han pasado del modelo hipotético-deductivo a la inducción estadística, la cual no contiene ninguna ideación (aunque pueda producir efectos en nosotros). Los espacios latentes que surgen de ellas, fruto de la teoría de juegos en la que cada uno apuesta por la apuesta del otro, transforman la relación entre discurso, verdad y realidad.

El mundo, en tanto que espacio latente, se compone, lo hemos visto, de entidades continuas con un mínimo y un máximo que se localizan en el espacio, pero que pueden ser plegadas las unas sobre las otras a fin de crear entidades monstruosas, haciendo que la diferenciación ontológica se transforme en *flujo metamórfico*. Debido a este pliegue en el espacio continuo, todas las entidades están equidistantes; no existe ninguna distancia que no se pueda recorrer. Así se conquista la incongruencia ontológica: podemos darle una consistencia, una credibilidad, un reconocimiento. Para producir un resultado creíble, este debe ser mantenido en un sabio y justo equilibrio entre el aprendizaje y el ruido. De un lado, sólo se reproduce lo ya aprendido; del otro, solo se genera algo informe. Pero teniendo los dos, podemos crear un *reconocible inexistente*. Así superamos no solamente la huella del fotorrealismo, sino también la modelización hipotético-deductiva de la simulación informática. Esta concepción del espacio latente tiene profundas implicaciones en nuestra comprensión de la realidad y de la verdad. En este nuevo paradigma, la verdad ya no es una simple cuestión de correspondencia con la realidad, sino que deviene una navegación en un espacio de posibilidades. Cada individuo construye su propio espacio latente mental, su propia cartografía de posibilidades, basado en sus experiencias y aprendizajes. Esos espacios latentes individuales pueden solaparse parcialmente, pero nunca son totalmente idénticos, lo cual explica la multiplicación de interpretaciones divergentes de la realidad.

Los archivos informáticos, al convertirse en probabilidades estadísticas, pierden su carácter indicativo, la capacidad de constituir pruebas, y adquieren la condición de posibilidades relacionadas con otras posibilidades. Comprendemos mejor el desafío del *conflicto de espíritus*: no discutimos más la indicabilidad de los documentos utilizados en la argumentación, sino la inclusión y exclusión de ciertas posibilidades, en provecho o detrimento de otras. Lo que interesa, entonces, es el recorrido entre ciertas posibilidades, porque solamente ese desplazamiento permite acceder a una idea de la totalidad del espacio latente. Esto depende siempre de mi espacio y del espacio del otro, comparación que permite inducirlo y volver inoperante toda prueba. La única cosa que puede volver consistente este espacio de lo posible es que el discurso haga reaccionar a los cuerpos. Cuando encontramos una idea que nos parece absurda, nuestra reacción visceral no es simplemente un rechazo emocional, es la manifestación de una colisión entre diferentes espacios latentes. Esta colisión produce lo que podríamos llamar *disonancia latente*, un conflicto entre diferentes estructuras de posibilidad. El rechazo de lo «políticamente correcto» no es sino otro nombre de este procedimiento que refuta de antemano lo que es evidente, lo que parece salir de sí, lo que es común y compartible. El conflicto no tiene por objetivo convencer, es decir, converger en una unidad posible, sino dividir para herir el espacio latente del otro, que ya no es más que el de uno solo, aislado.²

La *quiralidad* es una asimetría molecular, comparable a la diferencia entre la mano izquierda y la derecha. Constituye un cuadro conceptual fecundo para repensar la cuestión de la verdad y del realismo, así como su rápida transformación en *bullshit* contrafáctica. La tendencia humana a «duplicar la realidad» a través de la técnica puede ser comprendida como una manifestación de una asimetría más fundamental, inscrita en la estructura misma de la materia viviente y de su cuerpo. Investigadores

²Sobre las dinámicas homofílicas que conducen a exacerbar la conflictividad, y sobre su arqueología en el seno de disciplinas de las ciencias sociales, ver el esencial libro de Wendy Hui Kyong Chun, *Discriminating Data. Correlation, Neighborhoods, and the New Politics of Recognition*, Cambridge, MA, MIT Press, 2021.

están explorando la posibilidad de crear células espejo que invertirían esta quiralidad molecular. El temor a que se desarrolle una vida paralela especular aumenta, ya que este «doble» invertido podría invadir a los seres vivos, que ya no tendrían barrera inmunitaria para defenderse.³ Este relato recuerda a aquel según el cual la IA podría reemplazar al ser humano, o al de la mecanización de procesos orgánicos. La historia está poblada de flujos desbordantes, que mezclan los dominios de la naturaleza, los cuerpos y las técnicas.

¿Qué es esta *materialidad espejo* sino una representación que, siendo mimética, no es la reproducción idéntica a lo que ya existe, sino más bien su doble invertido? ¿No es la quiralidad un concepto que permite describir nuestra época, en la diversidad de sus expresiones fenomenológicas, en sus ambivalencias al borde de la contradicción y la inconsistencia? Esta perspectiva permite superar la tradicional oposición entre naturaleza y arteificio. La técnica ya no sería considerada como una simple extensión o violación de la naturaleza, sino una expresión de una tendencia inherente a la materia de producir reflejos, dobles, variaciones, camuflajes, de excederse a sí misma. Esta compulsión a la duplicación técnica podría comprenderse como una extensión de la asimetría fundamental presente en nuestro cuerpo (izquierda/derecha) –cuerpo individual y cuerpo político.

La crítica de la *hubris* humana (o del capitalismo) apenas logra ocultar que el exceso prometeico no es una propiedad de la que podríamos simplemente desembarazarnos, sino que constituye más bien nuestra epidemia, la zona de contacto, infectada e infectante, con el afuera. Por lo tanto, el prometeísmo ya no se reduce necesariamente a la voluntad de poder, sino que podría consistir en una *finitud excedida*. Abordar la quiralidad es liberarnos de la imagen de una IA autónoma, de una definición del ser humano autónomo, de una contra-realidad que sería simplemente falsa. Es *experimentarla*: escribir un texto con su doble, un doble que no es uno mismo y que te persigue, completando las frases que vos escribiste, hasta el punto en que vos

³Ver Naomi Klein, *Le Double. Voyage dans le monde miroir*, Paris, Actes Sud, 2024.

mismo, sin saber más quién sos, también completás frases que (no) son las tuyas.
Puede ser que entre estas dos caras de la diferencia se abran otras posibles.

Breve historia (perspectivista) de la interpretación

Es muy tentador ver los espacios latentes como encarnaciones silicónicas de lo que Marx llamó, misteriosamente, *general intellect*. Aspirando cantidades inimaginables de datos generados por nuestros intercambios cotidianos –con toda la sabiduría práctica que los anima, así como todas las ilusiones subjetivas que los afectan–, el capitalismo de plataforma habrá podido recomponer un (inmenso) modelo operativo de la inteligencia común de las poblaciones involucradas –por el momento todavía mayoritariamente blancas, occidentales y anglófonas, pero ya en proceso de ser complementadas por los millones de hablantes de mandarín. Los espacios latentes resultan innumbrables gestos de *entre-lectura* (*inter-legere*) que, día tras día y desde hace siglos, tejen nuestras relaciones sociales.

Si nos invitan a ver ese *general intellect* como un espacio continuo, susceptible de plegarse sobre sí mismo de manera frecuentemente inesperada y desconcertante, eso que cierta teoría literaria ha identificado como «comunidades interpretativas»⁴ podría ayudarnos a comprender las dimensiones conflictivas. Las entre-lecturas constitutivas de nuestro *general intellect* no se parecen más que superficialmente a eso que la lingüística funcionalista y la informática han descrito como «codificación» y «decodificación».

En mi computadora, *inputs* (los juegos de luces a los que se expone una cámara) son codificados en datos (píxeles), que pueden ser transmitidos (en el espacio), acumulados (en el tiempo), traducidos (bajo la forma de subtítulos o etiquetas) para ser decodificados por un receptor al final de una cadena comunicacional. Tales procesos pueden ciertamente ser descritos como reveladores de nuestra experiencia de la «lectura»: un emisor codifica un pensamiento en forma de frase escrita, y un

⁴Ver Stanley Fish, *Quand lire c'est faire* (1981), Paris, Les prairies ordinaires, 2007.

receptor descifra el mensaje, accediendo así al pensamiento que se pretendía comunicarle.

El Buen Dios siempre ha complementado las ciencias lingüísticas con estudios literarios, para ayudarnos a comprender –y sobre todo a jugar con el hecho de– que esta lectura no era casi nunca determinada mecánicamente a reproducir de manera idéntica un pensamiento inalterado por el recorrido comunicacional. No es solamente la inducción estadística de aparatos de silicona la que es generativa, origen de variaciones que introducen incesantemente diferencia en la repetición a partir de las semejanzas analógicas. Antes de ella, es el suplemento interpretativo inherente a toda lectura humana que, como introduce ruido en la circulación de influencias, genera incesantemente nuevos pensamientos a partir de intenciones comunicacionales. Resituada en el seno de una larga historia de la interpretación, la emergencia de LLMs es un episodio tardío –no tan novedoso ni revolucionario como nos gusta pensar.

Desde la época romántica, nuestras percepciones comunes de la «creatividad» se han focalizado en el momento de la producción de objetos simbólicos. Los discursos actuales sobre las IAs hacen lo mismo, como si el destino (renovado o estancado) de nuestras vidas culturales dependiera ante todo de la fabricación de discursos, imágenes, sonidos, películas. Dejamos en la sombra aquello que sin dudas es la vitalidad real de una cultura: sus inventividades y sus virtuosidades interpretativas que, por sí solas, dan (múltiples) vida(s) a los objetos simbólicos puestos en circulación. Y lo que es peor: nuestra época parece complacerse en considerar únicamente desde un punto de vista negativo (y condenatorio) las libertades interpretativas que puede permitirse cualquier persona carente de autoridad epistémica, atribuyendo sin más sus reacciones a la credulidad «conspirativa».

Las cosas aparecen muy diferentes si comprendemos mejor hasta qué punto el momento de la recepción interpretativa siempre ha jugado un rol primordial (aunque aparentemente secundario) en las comunicaciones interhumanas. Si mañana todos los textos deben ser generados mediante prompts inyectados en LLMs, ciertamente

perderíamos el ejercicio de un trabajo de formulación inicial que tiene su valor y sus virtudes propias. Pero esta desaparición del momento instaurador de la escritura no neutralizaría el trabajo de nuestra inteligencia, que es primeramente una capacidad de entre-lectura activa, es decir, la interpretación. *Releer* un texto escupido por una IA –es decir, editarlo (cortarlo, verificarlo, corregirlo, complementarlo) o simplemente retuitearlo íntegro, orientándolo hacia tal o cual destinatario, en tal o cual contexto– es con todo derecho una operación de escritura (que no dice su nombre).⁵

La emergencia de los LLMs debe sobre todo llevarnos a actualizar (y acelerar) nuestra historia de la interpretación:

- 1) Los animales humanos, sin dudas, se han dedicado siempre a interpretar los *indicios* (generalmente ambiguos) dejados en forma de rastros en su entorno.
- 2) Sus interpretaciones de señales que emanan de *intenciones comunicativas* humanas devinieron más difíciles (y creativas) que la escritura de señales separadas de sus contextos de enunciación inmediatos (*Umwelt*).
- 3) La capacidad de vincular la emisión de estas señales a una instancia (personal) claramente identificada como tal –una autoría– ha jugado un rol central en sus esfuerzos por desambiguar los mensajes que circulan entre ellos.
- 4) La conciencia compartida de la posibilidad de enviar señales engañosas, junto a la virtuosidad de los poetas de emitir señales polisémicas, nos ha entrenado en una gimnasia de descryptación que siempre tiende –más o menos sistemáticamente, sutil o brutalmente– a buscar otro *sentido oculto* bajo el sentido que parece imponerse como la significación manifiesta del mensaje. El ejercicio eminentemente creativo de esta gimnasia interpretativa multiplica y difracta a cada segundo los efectos reales de todo lo que circula entre nosotros.

⁵Franck Leibovici, *Des opérations d'écriture qui ne disent pas leur nom*, Paris, Questions théoriques, 2019.

5) Estas interpretaciones son, por un lado, locamente libres, en la medida en que resultaría muy difícil establecer límites a lo que alguien podría imaginar que oye en lo que se le comunica, y, por otro, están fuertemente condicionadas por las necesidades concretas de nuestras prácticas (empezando por las prácticas comunicativas). Estas restricciones pueden ser recogidas bajo la noción de *pertinencia*.⁶ Una población no puede creer que debe comer a sus hijos para complacer a su Dios sin causar su propia extinción; los sediciosos más enfurecidos no pueden recusar por mucho tiempo la regla común de conducir por la derecha.

6) Incluso si hay una parte irreductiblemente individual en las libertades interpretativas que cada uno de nosotros se concede –porque es a partir de la perspectiva y las prácticas de ese cuerpo biológica y socialmente *situado* que yo he ido probando, descartando y ajustando los criterios que determinan mis hábitos interpretativos actuales–, interpretamos y creemos siempre *junto* a algunos de nuestros semejantes, a partir de una inteligencia que siempre es colectiva. La unidad pertinente para comprender los devenires sociales no es tanto el individuo como las *comunidades interpretativas*: los grupos socialmente situados que tienden a compartir ciertas prioridades en su estimación de los criterios, y ciertos hábitos en su decodificación de su entorno.

7) Los últimos tres decenios de cambios mediáticos han conmocionado fuertemente nuestros hábitos interpretativos, permitiendo a todo portador de un smartphone volver disponibles para cualquiera imágenes, sonidos, discursos, relatos que expresan su perspectiva (singular y comunitaria a la vez) sobre lo que se supone que constituye nuestra actualidad común. Si la autoridad se ha podido disolver de manera tan líquida en una autorialidad hoy ubicua, es indudable que los portadores tradicionales de esta autoridad se han visto, con demasiada frecuencia, en situaciones comprometedoras que los han dejado en evidencia. Detrás del clima conspirativo, quizá no haya que ver

⁶Luis J. Prieto, *Pertinence et pratique*, Paris, Minuit, 1975.

tanto una credulidad ingenua como una *hermenéutica hipercrítica* (que no es necesariamente irracional al desconfiar de todo y de todos).

8) La emergencia de LLMs se inscribe por derecho propio en esta evolución, de manera inevitablemente ambivalente. Un discurso neopositivista los presenta –no sin razón– como una solución tecnológica al carácter errático de las interpretaciones humanas: las correlaciones calculadas a partir de miles de millones de datos masivos gozan del prestigio de una encuesta permanente, cuyo mapa es tan extenso como el propio territorio y cuya objetividad cuantitativa aplasta cualquier intento de interpretación subjetiva. Las críticas de la IA subrayan –con igual razón– que la naturaleza, la selección y el tratamiento de datos experimentan, a la vez, perspectivas sesgadas, cuyo carácter latente y oculto resulta aún más sospechoso por el hecho de que emanan de cajas negras que se han hecho intencionadamente impenetrables por motivos de propiedad intelectual y afán de lucro.

9) La avalancha de imágenes y relatos contrafactuales (*fake news, deep fakes, etc.*) que proceden tanto de IAs como de agendas políticas tóxicas hace que sea cada vez más problemática la detección de falsedades factuales puntuales. La autenticidad de la información comunicada siempre ha sido un problema, y es más bien tranquilizador que este problema adquiriera ahora una importancia ineludible. A medida que las mediaciones entre nuestra experiencia directa del ambiente y lo que nos llega desde las pantallas se multiplican, alargan, complejizan y enrevesan, nuestras prácticas interpretativas se orientan cada vez más a desconfiar de las pretensiones de referencialidad puntual, para favorecer estimaciones de verdad fundadas en el carácter *verosímil* de la información disponible. Frente a la dificultad de autenticar la «verdad» puntual de una información, debemos volcarnos hacia la compatibilidad con los esquemas de lectura que nos parecieron adaptados a una buena comprensión del mundo. El momento de la emergencia de LLMs, que crean y difunden objetos según criterios de semejanza, es también aquel en el que la verosimilitud constituye nuestro principal útil disponible para discriminar entre lo verdadero y lo falso.

Pudiendo difícilmente chequear todo lo que nos llega, debo confiarme en lo que parece encontrar su lugar en la *big picture* que yo me hice de las lógicas del mundo, es decir, a eso que parece consistente con mi sistema general de interpretación de la realidad.

10) Esta *big picture* y este sistema general es lo que también podemos llamar una *ideología*. Los años 80 tuvieron buenas razones para denunciar los efectos nocivos de las ideologías y para cultivar una cierta incredulidad hacia aquello que Jean-François Lyotard llamó los «grandes relatos» (cristianismo, capitalismo, socialismo). La era de la semejanza tendría aún más motivos para desconfiar de ellos. Sin embargo, es todavía más calamitoso cegarse ante la necesidad funcional de las ideologías que tomar nota de ella, lo que equivale a reconocer que no podemos orientarnos en el mundo desde una perspectiva que no sea necesariamente situada. La ideología individualista (neo)liberal nunca tuvo tanta influencia sobre nuestras poblaciones como desde que proclamó el fin de las ideologías.

11) El desafío contemporáneo no es pretender extrañarnos de toda perspectiva ideológica, sino poner en su lugar las infraestructuras comunicacionales y mentales capaces de acoger un *multiperspectivismo* colectivo. Los aparatos técnicos (dispositivos multimedia, smartphones conectados) vuelven posibles prácticas multiperspectivistas de la interpretación, al mismo tiempo que las dinámicas económicas del capitalismo de plataformas que comandan la difusión y el uso de esos aparatos las obstaculizan (al polarizar nuestras sensibilidades, al incitar al recrudescimiento y la escalada de los conflictos).

12) Por lo tanto, lo que sin duda más necesita nuestra época, en la que están surgiendo las IA, son infraestructuras e instituciones que nos ayuden a lidiar con nuestras prácticas interpretativas, con sus ventajas y riesgos, sus libertades y limitaciones. Por un lado, esas instituciones ya existen bajo el nombre de «humanidades», «ciencias humanas y sociales», «teoría del arte», «estudios literarios». Es una pena que, a través de todo el planeta, reduzcamos su financiamiento a miserias, cuando, sin embargo,

podrían estar a la vanguardia de lo que nos permitiría albergar esperanzas de un futuro que no sea autodestructivo. Pero, por otro lado, es urgente crear nuevas instituciones para poner nuestras capacidades interpretativas colectivas a la altura de los desafíos (tecnológicos, pero sobre todo ambientales) que somos visiblemente incapaces de enfrentar de manera satisfactoria con los dispositivos ya existentes.

Breve historia del montaje

Podemos hablar de *montaje* (cinematográfico) o de *editorialización* (libresca o audiovisual) para designar cierto tipo de operaciones que seleccionan y secuencian determinados datos perceptivos recolectados por retenciones terciarias, para transmitirlos a nuestros sentidos mediante formatos que, según se cree, los transmiten de forma más eficaz y reflexiva. Esas operaciones ocupan un lugar cada vez más estructurante a medida que crece la parte de nuestra experiencia de mundo mediada por pantallas.

En general, tres son las instancias que constituyen este tipo de operación. En el polo de la *emisión*, el autor-editor de un libro, el realizador-director de una película, el compositor-artista-productor de una pieza musical arman y agencian materiales que forman una obra. Podemos designar este conjunto de actores como *editores* [*éditeurices*]. En los distintos recorridos de *circulación*, ciertos agentes seleccionan y secuencian entre las obras disponibles, para asegurar cierto flujo que las encadena entre ellas en el seno de una grilla de programas, una agenda de festival o una colección editorial, jugando así el rol de *programadores* [*programmateurices*]. Al final, en el polo de la recepción, cada lector o espectador se beneficia de una libertad más o menos grande (mínima en un espectáculo en directo a oscuras, en medio de una fila de vecinos sentados; máxima al verlo en un teléfono móvil) de dirigir su atención sobre tal o cual parte de eso que se le propone, de pensar en otra cosa, de mirar fuera, o incluso cambiar de canal o de medio. Sin la atención prestada a las obras durante esta tercera etapa, ninguna de las operaciones anteriores de montaje tendría sentido: solamente en la medida en que hay cierta forma de atención que emana de cierta *asistencia*, hay comunicación, información, espectáculo o arte. Podemos atribuir a los agentes de esta tercera etapa el rol de *asistentes* [*attendeureuses*]. Francesco Casetti tiene razón de subrayar que los gadgets inventados y desplegados desde el último tercio del siglo XX (control remoto, grabadora, ordenador, smartphone) permiten a los asistentes (inicialmente percibidos como pasivos) jugar un rol cada vez más activo en

las operaciones de montaje, comandando lo que efectivamente llega a nuestros sentidos –al punto de hacer de la asistencia una verdadera performance.⁷

Si quisiéramos que desfile ante nuestros ojos una historia acelerada de la extensión e intensificación del rol que esas operaciones de montaje han jugado en las existencias humanas, podríamos partir de la yuxtaposición de imágenes parietales y del ensamblaje de frases proferidas por narradores y chamanes durante rituales desde hace al menos 30.000 años. Desde civilizaciones antiguas hasta el fin de la época medieval, los programas del ágora, la sucesión de tragedias y comedias, el desarrollo de los juegos del circo romano y los misterios católicos darían diversas ocasiones a los autores-editores, programadores y asistentes de modular lo que afecta los sentidos de las poblaciones. Durante la época moderna, la prensa escrita inventa protocolos de redacción cuya difusión es cada vez mayor, mientras que la aparición de periódicos hacia el fin del siglo XVIII nos acostumbra a consultar un resumen de lo que se consideran las noticias (*fit to print*) del día anterior. A todos los estratos precedentes, el cine, la radio y la televisión agregan las operaciones de montaje audiovisual que todavía estructuran lo esencial de nuestras percepciones cotidianas de mundos lejanos en el espacio o el tiempo.

Esta larga historia permite que, en los años 90, con la aparición del internet, la figura de los asistentes adquiera una capacidad de agencia inédita y máxima: provistos de un control remoto listo para hacer zapping entre cientos de canales audiovisuales, con una amplia selección de publicaciones, equipados con un teclado y un mouse que ponen todos los sitios de la World Wide Web al alcance de un clic, y que ya dispone de programas de sindicación gracias a los cuales cada internauta puede crear su propio cóctel personalizado de sitios de información y entretenimiento, los dedos llevan a cabo un proceso de editorialización en el que el receptor puede asumir una parte absolutamente inédita del trabajo tradicional del editor y del programador.

⁷Francesco Casetti, *The Lumière Galaxy. Seven Keywords for the Cinema to Come*, New York, Columbia University Press, 2015, chapitre 7.

En ese momento destaca una *cuarta* instancia de montaje –cuyas raíces se remontan, de hecho, a los inicios de la mercantilización de la atención, cuando los editores de prensa de los años 1830 se plantean distribuir su periódico a un precio inferior al de producción, vendiendo a los anunciantes la atención de sus lectores. A comienzos del siglo XXI, generalizando el extractivismo atencional a la cuasi totalidad de lo que hace circular los contenidos culturales en el seno de nuestras sociedades, el capitalismo de plataforma confía a los *algoritmos de recomendación* un rol que deviene rápidamente central en nuestras operaciones de montaje actuales, que son también operaciones de construcción de mundo [*mondation*], porque nuestro mundo se constituye de lo que llega a nuestra atención.

Esta historia acelerada del montaje social –que también podríamos llamar *mundaje* [*mondage*]– de nuestras percepciones, hoy ve cómo la emergencia de IAs penetra de un modo igualmente inédito la intimidad de nuestras impresiones sensoriales. Hasta el presente, los tipos de elementos que eran objeto de operaciones de montaje relevaban lo que los lingüistas ubican en el nivel de la «primera articulación» del lenguaje. Con ello designan unidades lexicales elementales dotadas a la vez de una forma y contenido específicos. Una palabra, una imagen figurativa, un plan filmico asocian propiedades sensoriales y sintácticas con propiedades semánticas: cada vez que la sucesión de grafemas *á-r-b-o-l* aparece en un texto en español, habrá en la significación de este texto una referencia (más o menos metafórica) a una idea de «arborescencia».

El funcionamiento de los espacios latentes es eminentemente complejo, movilizando numerosos niveles y registros (sensibles, lingüísticos, lexicales, sintácticos, semánticos, etc.). Sin embargo, las vectorizaciones en las que se basa su funcionamiento van mucho más allá de las unidades de primera articulación a través de las cuales se construye y se percibe nuestro manejo consciente de las lenguas y los códigos audiovisuales. Esas vectorizaciones son llamadas a operar montajes sobre la base de unidades de «segunda articulación»: unidades elementales *asemánticas* que,

como las letras del alfabeto o los píxeles de una imagen digital, no son asociadas funcionalmente a ninguna significación en particular.

Las retenciones cuaternarias –que recolectan nuestros datos atencionales para seleccionar qué aparece en nuestras pantallas con la mayor probabilidad de excitar nuestras emociones– recomiendan no solamente lo que los algoritmos priorizarán en nuestra percepción del mundo. También influyen las inducciones estadísticas sobre las que se basa la sucesión de letras en los textos que ChatGPT envía en respuesta a nuestros prompts, o la yuxtaposición de píxeles en el seno de las imágenes que MidJourney expone en nuestras pantallas. Podemos hablar de *granularización o atomización del montaje* para designar este paso de operaciones sociales de montaje debajo del umbral de las unidades semánticas de primera articulación.

Estas operaciones, que se han analizado aquí desde la época de la cueva de Chauvet, están afectadas por un triple movimiento de penetración, cuyas implicaciones aún se nos escapan largamente. De un lado, venimos de verlo: este montaje granularizado agencia la *composición subsemántica de las unidades de significación* que circulan entre nosotros: decide qué afecta nuestras inteligencias penetrando bajo la escala de lo que tiene sentido para nosotros. De otra parte, y en consecuencia de lo anterior, este mismo montaje se insinúa en la *percepción subconsciente de las unidades de expresión* por las que orientamos nuestras identidades y posicionamientos. Lo que intentan hacer desde hace décadas –con resultados reputados y quizás ilusorios– las operaciones de publicidad «subliminal» se encuentra hoy desplegado en experimentaciones a gran escala, donde el mapa es tan grande como el territorio que revela una «captología» (*Computer-Assisted Persuasion Technologies*) financiada por miles de millones de dólares. Es el montaje de los condicionamientos y encadenamientos afectivos que experimentamos simultáneamente en nuestras respuestas a los algoritmos de recomendación y en nuestra recepción de las formas generadas por nuestros prompts.

El tercer tipo de penetración que resulta de esta granularización es, sin dudas, el más importante, en la medida en que recondiciona la *formación subindividual y supraindividual de unidades comunicacionales*. Esto se ve en innumerables ocasiones a lo largo de los capítulos de este libro: los modos en que las IAs producen y difunden sus discursos, imágenes, sonidos y relatos implican niveles de individualización que desafían los hábitos individualistas desarrollados (e impuestos) en el seno de la modernidad occidental en lo que respecta al estatus de la responsabilidad personal, la autorialidad, la agencialidad y la subjetividad. Lo que monta y editorializa los contenidos vectorizados por la computación de retenciones cuaternaria se sitúa cada vez más por debajo de nuestras personas individuales (a la escala de nuestros múltiples perfiles, a menudo inconsistentes entre ellos, a la escala de nuestras exaltaciones afectivas momentáneas), así como también fuera de nuestras identificaciones subjetivas (a la escala colectiva de sensibilidades comunitarias y de hábitos culturales, a la escala epidemiológica de contagios virales).

Autores-editores continúan componiendo obras que nos complacen, movilizan o desagradan. Programadores continúan seleccionando y secuenciando obras para editorializar nuestra percepción del mundo en el seno de una revista, festival o velada televisiva. A pesar de todo lo que se dice (no sin cierta complacencia) sobre el creciente dominio de nuestras adicciones a los medios de comunicación, todos guardamos importantes márgenes de maniobra, así como útiles técnicos de una potencia sin precedente, para modular a nuestro gusto las fuentes de estimulación sobre las que conectamos nuestros sentidos.

La granularización del montaje inducido por las recomendaciones algorítmicas y por las IAs no hace más que reacondicionar desde la base los dominios tradicionales de la agencialidad, sin abolirlos en absoluto. Tanto como un terreno de angustias y luchas, la granularización instaura un *campo reflexivo de interrogaciones* en torno a las peticiones entremezcladas con las que respondemos a las IA que responden a nuestros prompts. Nuestras operaciones de construcción de mundo [*mondiations*] se

producen a través de exigencias (epistémicas, estéticas) que son ellas mismas objeto de exigencias (comerciales), mediante cálculos que traducen nuestras preocupaciones en expectativas, cuyas anticipaciones orientan no solo nuestras expectativas actuales, sino también nuestras acciones futuras.

Si este campo de interrogantes es actualmente recorrido frenéticamente por una miríada de «agentes de destellos» (mediáticos, publicitarios, políticos) que se dedican a todo tipo de experimentaciones más o menos malintencionadas, nuestra época necesita desesperadamente «agentes de enlace» que cultivarían y diseminarían las dimensiones reflexivas.⁸ Por sus implicaciones que trascienden el ámbito individual, las IAs se inscriben no solamente en una historia de las tecnologías (digitales), sino también en una historia de las percepciones sobre los bienes comunes y, por ende, en una negociación de los problemas socio-político-ecológicos relacionados con la cohabitabilidad (tanto a nivel local como planetario).

Quizás lo que la granularización del montaje aquí descrita parece erosionar, o incluso aniquilar, sea precisamente la capacidad de posicionarse y orientarse, en medio de interrogantes entrelazados, desde una perspectiva que se asume como tal y se reconoce en su parcialidad situacional. Aquí también el mejor antídoto a las brutalizaciones que amenazan nuestra época podría ser buscado del lado del montaje de infraestructuras comunicacionales y mentales que favorecen mundializaciones multiperspectivistas, más que escaladas polarizadoras.

⁸Sobre esta distinción entre «agents d'éclats» y «agents de relais», ver Édouard Glissant, *Poétique de la relation*, Paris, Gallimard, 1990.

Malestar en la escritura

Todo esto llega muy rápido. El año pasado le dedicaba horas a corregir faltas de ortografía en los trabajos que me entregaban mis estudiantes. Ahora, recibo escritos compuestos mayormente sin errores, desde el primer año de licenciatura hasta el máster 2. Hasta tal punto que ahora me tranquiliza muchísimo tener que añadir una “s” a las palabras que se usan en plural o a los verbos de las frases incompletas.

Entre los docentes, la consternación —ni siquiera hemos tenido tiempo de sentir pánico— nos deja a todos y todas sin palabras. Ni sabemos qué hacer frente a esta novedad, ni siquiera cómo hablarlo entre nosotros. La reacción más común parece ser volver al antiguo ritual de exámenes presenciales, que obliga a responder a una pregunta en unas pocas horas, con lapicera y papel (y con la prohibición de hablar con sus compañeros de banco). Aislar los cuerpos para asegurar la individualización de las evaluaciones; reducir la escritura a un cerebro lo suficientemente lleno de conocimientos como para verterlos a través de la mano; demostrar que se puede «pensar por uno mismo».⁹

Nada de esto es completamente absurdo si lo pensamos bien. La capacidad de generar frases bien escritas, de agenciarlas en el seno de un discurso bien argumentado, para formular un pensamiento a partir de una reflexión personal, no tiene nada de ideal educativo obsoleto. Tenemos razón en inquietarnos de ver esta capacidad marchitarse cuando todos se contentan con copiar y pegar las respuestas que el espacio latente de un LLM da a un prompt sobre las preguntas del examen.¹⁰

⁹ «Las grandes empresas tecnológicas chinas han desactivado algunas funciones de inteligencia artificial para evitar trampas durante los exámenes», The Guardian, 9 de junio de 2025, <https://www.theguardian.com/world/2025/jun/09/chinese-tech-firms-freeze-ai-tools-exam-cheats-universities-gaokao>

¹⁰ Para un estudio preliminar sobre la cuestión, ver Nataliya Kosmyna et al., «Your Brain on ChatGPT: Accumulation of Cognitive Debt when Using an AI Assistant for Essay Writing Task», MIT, June 10, 2025, arXiv:2506.08872v1 [cs.AI]; ver también Kyle Chayka, «A.I. Is Homogenizing Our Thoughts», New Yorker, 25 juin 2025.

También tenemos razón en temer que el uso «inteligente» de las IAs devenga el privilegio de las clases mejor dotadas en términos de capital cultural.¹¹

Pero quizás la tan rápida difusión de IAs entre estudiantes podría abrir un espacio de interrogación un poco más autocrítico del lado de una profesión docente que se jacta de sus capacidades reflexivas. Toda analogía tiene sus límites, pero la comparación que a menudo se establece con la aparición de las imágenes fotográficas puede ayudar en cierta medida a avanzar en esta reflexión.

Podemos imaginar el desconcierto de los profesores de dibujo de los años 1830, a los que se les decía que, en pocos años, una máquina generaría automáticamente en algunos minutos una reproducción fiel y detallada de cualquier objeto, rostro o paisaje. ¿En qué la capacidad de figurarse por sí mismo una imagen representativa, equipado solamente de un lápiz y papel, es menos importante que la capacidad de formar frases que se organizan en un texto coherente? El pensamiento imaginativo, ¿no es igualmente importante, potencialmente igual de definitorio de lo humano, que el pensamiento redaccional? ¿No es acaso tan escandaloso un simple toque al pulsar el botón del obturador como conseguir un ensayo ya redactado con solo enviar un mensaje?

Dos siglos más tarde, pocos saben dibujar de manera realista un retrato o paisaje. Nunca hemos tomado más fotografías, de cualquier cosa. Cuando jugamos a *Pictionary*, nuestros garabatos dignos de un niño de 5 años nos avergüenzan. Y sin embargo, el dibujo, la caricatura, la pintura no fueron asesinados, sino todo lo contrario, vivificados por los interrogantes que los asocian y distinguen de la fotografía.

Sin duda, los profesores de dibujo tenían razón de temer el marchitamiento de una habilidad dramáticamente subdesarrollada en la mayoría de nosotros. ¿Qué avances

¹¹Bilel Benbouzid, « Écrire à l'université à l'heure des IA génératives », AOC media, 7 & 8 mai 2025. Ver también Lauren Goodlad, « Editor's Introduction, Humanist in the Loop », Critical AI n° 3 (2025).

y qué refinamientos intelectuales podríamos alcanzar si cada niño cultivara sus dotes como dibujante, caricaturista, cartógrafo, pintor o escultor? Sin dudas, nuestra atención sería más aguda, nuestras observaciones del mundo más penetrantes, nuestra capacidad de explicación más pertinente. En nombre de esta analogía, necesitamos defender la cultura social de nuestras capacidades redaccionales individuales, artesanales y amateurs, que son amenazadas por las inéditas facilidades que ofrece la exteriorización industrial de los transformadores generativos pre-entrenados [GPT]. [*Generative pre-trained transformer*]

Sin embargo, a nadie se le ocurriría penalizar ni dejar de usar una cámara. El hecho de que los jóvenes de mi universidad de las afueras puedan –gracias a ChatGPT o Claude– redactar un texto sin exponerse desde el comienzo al estigma de no haber estudiado griego o latín en la preparatoria es un progreso en sí mismo (un pequeño e insuficiente progreso, pero no por ello menos importante). Se vuelve mucho más difícil y problemático para profesores como yo descalificarlos a primera vista. Es necesario darles una (pequeña) oportunidad: ¿esta persona es quien lo pensó? ¿Puede pensar por sí misma? ¿En qué saberes, o en qué prejuicios me baso cuando respondo intuitivamente a esta pregunta?

A menudo, tales interrogantes no tienen una respuesta clara. Me incomodan. Más bien, revelan la incomodidad que ya debería haber sentido cuando me limitaba a añadir la “s” del plural y los verbos a las frases incompletas, lamentándome del «bajo nivel» de mis estudiantes. Bien entendida, esta incomodidad se debe a la profunda ambivalencia del fetichismo ortográfico tan característico de la neurosis educativa: a la vez un amor sincero por una capacidad de expresión que los docentes buscan compartir lo más ampliamente posible, y una cruel mutilación que consagra dominaciones racistas y clasistas, tanto más indignantes cuanto que se las disfraza de intenciones emancipadoras («republicanas»).

Pero esta incomodidad es aún más profunda. Toca la estructuración de conjunto de nuestras instituciones pedagógicas, en las que el aceleracionismo tecnológico

encarnado por las IAs pone en el centro de la escena todo lo que no ha sido pensado o ha sido reprimido.¹² La enfermedad causada por la irrupción de los LLMs tanto en nuestras prácticas de escritura como de enseñanza se debe a, por lo menos, seis transformaciones en curso, que desbordan las aulas, pero que se las llevan puestas en su torbellino –y sobre las que debemos reflexionar más frecuente y profundamente:

1º. La lucha contra la estigmatización ortográfica debería sensibilizar a los docentes respecto de la dimensión externa de los actos de escritura, que valen tanto para manifestaciones de uno mismo como para elaboraciones de pensamientos (internos). Si el desarrollo esperado de las capacidades redaccionales debe continuar siendo un objetivo central de la educación superior, tener más en cuenta (para combatir las mejor) las implicaciones de socialización (y exclusión) que conllevan las impresiones superficiales sobre la ortografía es una condición indispensable para alcanzar ese objetivo. Ciertas mentiras de los LLM pueden ser emancipatorias. Mi padre debió dejar la escuela antes de terminar la educación obligatoria; nunca supo redactar una frase sin sospechar que allí había errores ortográficos: eso inhibió largamente sus prácticas de escritura, pero no le impidió ser parte de las personas más inteligentes con las que he podido relacionarme, ni obtener un trabajo con responsabilidades una vez que le dieron la oportunidad de demostrar su inteligencia más allá de su apariencia de iletrado. Aprender a hacer que ChatGPT genere una buena carta de presentación lleva menos tiempo que aprender las complejidades bizantinas de la ortografía francesa, y por lo tanto pueden complementar positivamente las políticas de hacer más anónimos los CV.

2º. Si hacer que un LLM escriba no enseña a pensar por sí mismo, por lo menos permite satisfacer las necesidades redaccionales cada vez más numerosas que nos impone la inflación del *bullshit writing* (versión bíblica de los *bullshit jobs* analizados por David Graeber).¹³ Defender demasiado el ideal de escritura-pensamiento nos hace olvidar la

¹²Ver al respecto el provocativo artículo de D. Graham Burnett, «Will the Humanities Survive Artificial Intelligence?», *The New Yorker*, April 26, 2025.

¹³Ver David Graeber, *Bullshit Jobs*, Paris, Les Liens qui Libèrent, 2018.

realidad masiva de los escritos administrativos (actas, informes, evaluaciones, respuestas a las evaluaciones), que movilizan menos nuestra virtuosidad para la escritura que nuestra sumisión a los formularios. Si nuestros estudiantes pueden responder mediante inducciones estadísticas a los deberes que les imponemos, es quizás porque ellos parecen más un formulario administrativo que una aventura del pensamiento.

3º. En este dominio, como en otros, el principal interés de la confrontación a las consecuencias de los procesos automatizados es interrogarnos sobre lo que nombramos «humanidad» e «inteligencia» –y sobre todo lo que nosotros hacemos de ellas. ¿Qué escuela, qué universidad repensar en el nuevo contexto producido por la gran accesibilidad de los servicios de IAs? ¿Hay que imaginar e instaurar nuevos tipos de ejercicios para adaptar nuestros modos de investigación a la disponibilidad de esos nuevos útiles (que, evidentemente, son mucho más que simples herramientas)? En vez de caer de cara al suelo y volver a los deberes tradicionales, ha llegado la hora de acelerar la reinvención de dispositivos pedagógicos y de formación universitaria.

4º. El desconcierto causado por los trabajos a domicilio hechos por/con ChatGPT se debe en parte al atentado que representan al principio sacrosanto de la autoría individualizada. Dar lugar a prácticas colaborativas en las experiencias estudiantiles, repensando el estatus de las prótesis tecnológicas, es una primera vía prometedora. En el horizonte sociopolítico-ecológico de tales cuestiones encontramos opciones sociales mucho más concretas que las especulaciones filosóficas sobre la relación del ser humano con la tecnología: en un mundo de interdependencia donde no hay una alternativa deseable al desarrollo estructural de solidaridades concretas, ¿en qué nivel de individualización deben situarse los umbrales de la capacidad de actuar? ¿Hace falta que cada uno pueda redactar (dibujar, contar, cultivar un jardín, arreglar una casa) con sus propias fuerzas, conocimientos, entrenamientos y hábitos incorporados en su sistema nervioso y muscular? Sin dudas es deseable en sí mismo. ¿Hace falta, sobre todo, desarrollar capacidades de colaboración (organización,

diplomacia, pacificación) necesarias para asegurar la supervivencia y la prosperidad de colectivos pequeños? Es quizás más importante y realista. ¿Hace falta comprender mejor cómo vivir en el seno de vastas infraestructuras técnicas en las que las amenazas presentes y por venir sugieren que es tan importante saber usarlas como poder prescindir de ellas cuando sea necesario? He aquí, quizás, el abordaje más sabio, que nos empuja efectivamente a desconfiar de las probables dependencias hacia los LLM, pero es la que menos se tiene en cuenta en nuestras evoluciones actuales.

5º. Ese desplazamiento de una focalización fetichista de las capacidades individuales en dirección de una inserción en prácticas colectivas va de la mano de una desmitificación de los procesos de escritura: todos los trabajadores del texto saben que el primer brote de las frases (sea doloroso o jubiloso) no es más que una primera etapa, insuficiente en sí misma, en el seno de diferentes estratos de intervención que se suceden para producir un texto publicable. Lo que nuestros estudiantes deben aprender en sus formaciones universitarias quizás son prácticas de *edición* más que de escritura: cómo releer, corregir, cortar, completar, mejorar un primer borrador, con ayuda de una atención editorial que es cada vez menos evidente en un mundo donde la lectura se alimenta, primero, de mensajes de texto, tuits y comentarios en línea que de libros. Aquí también, todos ganaríamos si pusiéramos las colaboraciones editoriales en el centro de las situaciones de aprendizaje.

6º. Todos esos desplazamientos de la atención en la concepción de nuestra enseñanza se encuentran sometidos por la emergencia de LLMs bajo una presión temporal que hay que medir, y que no es solamente «disruptiva», sino también necesariamente revolucionaria (a la vez que portadora de dinámicas fuertemente reaccionarias). Nuestro actual estupor y parálisis colectiva son síntomas de un desfasaje más grande, una pesada inercia de los aparatos pedagógicos que actúan en nuestras universidades (que han evolucionado poco a lo largo del último siglo), y una volatilidad artificial impuesta por las pulsiones capitalistas que animan el desarrollo de las LLMs. Todo el

mundo lo sabe, incluso si muchos lo niegan violentamente: el *business as usual* no es una opción realista. Los lemas de aceleración y desaceleración son engañosos: no se especifica qué es lo que se debería acelerar y qué ralentizar. Ciertamente, hay revoluciones por venir –en la escuela, las universidades y afuera–, pero habrá que saber prestar atención tanto a los desplazamientos que deberán operar como a sus ritmos y temporalidades.

El malentendido aceleracionista

En 2013 aparece un *Manifiesto por una política aceleracionista*, firmado por Nick Srnicek y Alex Williams, emanado de círculos intelectuales de una izquierda radical reunida en los años 90 en torno a Nick Land y Sadie Plant en la Universidad de Warwick bajo el nombre de CCRU (Cybernetic Culture Research Unit).¹⁴ Allí encontramos, entre otras cosas, cinco proposiciones principales:

- Contrariamente a lo que solemos entender, el capitalismo actual no opera como un vector de aceleración, sino como un peso que nos encierra en las restricciones de estructuras legales y económicas obsoletas (la propiedad privada de los medios de producción, la competitiva carrera por las ganancias, la indiferencia hacia las consecuencias económicas de la optimización económica).
- Una de las tareas cruciales de una izquierda realmente progresista y ecológica debe ser reapropiar las innovaciones tecnológicas (no solo digitales) para liberar el tiempo humano de los procesos susceptibles de ser automatizados.
- Puesto que las infraestructuras técnicas son interdependientes a nivel global, es también a esta escala planetaria y sobre esas infraestructuras que deben concentrarse las reivindicaciones y acciones políticas más urgentes.
- Por el doble hecho de esta escala planetaria y de las restricciones temporales relativas a la urgencia climática, el apego de la izquierda radical a la horizontalidad de los procesos de decisión política (asambleísmo, espontaneísmo, primado del *bottom up*) debe ser, no abandonado, pero sí reconsiderado para coordinar acciones más grandes y ambiciosas que las de hace veinte años.

¹⁴Este texto se ha vuelto a publicar en la recopilación editada por Laurent de Sutter con el título *Accélération!*, París, PUF, 2016.

- La prioridad estratégica de los movimientos progresistas debe centrarse en la constitución de medios de comunicación masivos capaces de elaborar y difundir a escala internacional la nueva agenda revolucionaria, necesaria para nuestra situación histórica sin precedente.¹⁵

Traduje este manifiesto para la revista *Multitudes* en 2014; pude observar de cerca la inhospitalidad de los círculos francófonos a los que iba dirigido y a los que podría haber reunido en torno a sí. Aparte de algunos tropiezos que podríamos reprocharle con razón –su tono inútilmente polémico y despectivo del «ecologismo folclórico» de las ZAD [*Zone à Défendre*] y de las resistencias locales, una insuficiente consideración de los problemas realmente planteados por el prometismo industrial¹⁶– sus tesis principales parecen haber sido reprimidas, más que refutadas o combatidas. Doce años más tarde, Elon Musk ocupaba la Casa Blanca y su *Department Of Governmental Efficiency* (DOGE) devastaba las instituciones federales estadounidenses bajo los brutales golpes de una armada de jóvenes programadores que blandían las IAs como las armas definitivas y la principal bandera de unión. Importa comprender cómo llegamos a eso, y una historia alternativa del aceleracionismo podría ser una buena forma de responder a esta cuestión.

Más que mal formulado, el manifiesto aceleracionista fue mal comprendido. Su tono veleidoso era percibido como obsoleto porque databa (y se reivindicaba) de una época en la que la izquierda asumía posiciones no solo rebeldes, sino audaces y programáticas. El tono programático del manifiesto parece ya inaudible para una izquierda encerrada en posiciones puramente defensivas (defender lo conquistado, salvaguardar el medioambiente, preservar el Estado social). La propuesta de desvincular aparatos técnicos (automatización) y sistemas jurídico-económicos (capitalismo), junto con su contrapartida de una posible nueva alianza entre las infraestructuras digitales y las políticas progresistas (tal y como se había soñado en

¹⁵Para un proyecto más amplio desde la perspectiva aceleracionista que aborda de lleno la cuestión antropotécnica, véase Benjamin Bratton, *Terraformation* (2019), Dijon, Presses du réel, 2021.

¹⁶McKenzie Wark. *Molecular Red: Theory for the Anthropocene*, London, Verso, 2015, p. 4.

los años noventa), no fue escuchada. Quizás ahora pagamos el precio con los estragos generados desde la Casa Blanca (pero también con lo que sucede con el Partido Comunista Chino).

Al titular su libro *La rébellion est-elle passée à droite?* [¿La rebelión ha pasado a la derecha?],¹⁷ Pablo Stefanoni formula una importante clave para comprender nuestra época. De manera similar, podemos observar cómo el aceleracionismo, en el curso del decenio, se ha pasado a la derecha. Nick Land, el provocador e inspirador del CCRU de Warwick, derivó hacia posiciones recuperables por parte de una Ilustración Oscura que busca acelerar más el colapso del Estado del bienestar que la superación del capitalismo.¹⁸ Su crítica a las élites universitarias, descritas como sectas estúpidas de una *Catedral* [Church] (una iglesia bien pensante, estrictamente disciplinaria y racionalista), se inscribe perfectamente en el anti-intelectualismo del movimiento MAGA.

Más generalmente, Eoin Higgins ha analizado la forma en la que, en el último decenio, voces influyentes de la centroizquierda del espectro político estadounidense han sido recuperadas por agendas y medios de extrema derecha (Glenn Greenwald, Matt Taibbi). Su libro aclara la manera en la que magnates de lo digital y de las finanzas (Peter Thiel, Elon Musk, Marc Andreessen) desplazaron la lucha política poniendo en escena una potencia mediática más eficaz y convincente que la que podía soñar el manifiesto aceleracionista para la izquierda progresista.¹⁹ Una temible alianza se ha constituido progresivamente en torno a un aceleracionismo de extrema derecha que, como el de Srnicek y Williams, también pretende superar la fase actual del capitalismo (1), apostando por los avances tecnológicos y la automatización (2), la verticalización (3) y la conquista de los medios de comunicación (4), todo ello a escala mundial (5). En lugar de orientar la superación del capitalismo hacia un ingreso universal, la

¹⁷Pablo Stefanoni, *La rébellion est-elle passée à droite*, Paris, La Découverte, 2022.

¹⁸Benjamin Beckert, *The Dark Enlightenment: The Reactionary Philosophy of Nick Land*. Bielefeld, transcript Verlag, 2020.

¹⁹Eoin Higgins, *Owned: How Big Tech on the Right Bought the Loudest Voices on the Left*, Nueva York, Bold Type Books, 2025.

reducción de las desigualdades, la emancipación de las minorías, la decolonización, la justicia social y la transición ecológica, los nuevos aceleracionistas promueven el turismo espacial para multimillonarios, la destrucción tanto de la educación y medios públicos como del Estado social, el dismantelamiento de toda reglamentación medioambiental y el retorno a los buenos valores del pasado (trabajo, familia, patria).

Incluso si no inscribe sus análisis en los complejos meandros de esta deriva derechosa del aceleracionismo, Lorenzo Castellani, en un artículo de *Gran Continent* aparecido el ocho de noviembre de 2024,²⁰ había tenido razón al afirmar que, con el triunfo electoral de Donald Trump, el aceleracionismo reaccionario había tomado el poder. Para quien ha frecuentado los textos de los años 2013-2015 (en particular el manifiesto xenofeminista del colectivo Laboris Cubonik),²¹ el programa ideológico reivindicado por Vivek Ramaswamy (candidato republicano en las primarias, precoz y efímero codirector del DOGE) se lee como una inversión simétrica – caricaturescamente reaccionaria– de las tesis del aceleracionismo progresista. Entre las diez «Verdades» proclamadas en su libro de 2024 encontramos: «1. Dios es muy real; 2. La agenda del cambio climático es un engaño (hoax); 3. Una frontera abierta no es una frontera; 4. Solo hay dos géneros. [...] 6. La familia nuclear es la mayor forma de gobernanza conocida por la humanidad. 7. El racismo a la inversa es racismo. 8. El nacionalismo no es una mala palabra»²².

Podemos burlarnos de tales declaraciones, así como podemos sorprendernos de la articulación aparentemente contradictoria entre una aceleración tecnológica y un retroceso ideológico. Lo importante es comprender el vacío en el que se precipita el éxito actual del movimiento MAGA, un vacío que quizás debe mucho a la incapacidad

²⁰ Lorenzo Castellani, «Avec Trump, l'ère de l'accélération réactionnaire», *Le Grand Continent*, 8 novembre 2024. <https://legrandcontinent.eu/fr/2024/11/08/trump-2024-lere-de-laceleration-reactionnaire/>

²¹ Laboria Cuboniks, *Manifeste xenoféministe. Une politique de l'aliénation*, traducido del inglés por Émilie Notéris, *La revue du Crieur*, n° 12 (2019), p. 22-35.

²² Vivek Ramaswamy, *Truths. The Future of America First*, New York, Simon & Schuster, 2024.

de la izquierda de comprender el manifiesto aceleracionista. Es sobre este punto que los imaginarios de la IA pueden aportar una aclaración decisiva.

Además de un espíritu burlón, orgulloso de sus crueldades, que se representa a sí mismo bajo la forma de perros potencialmente rabiosos (*dog*), el método del Departamento de Eficacia Gubernamental (DOGE) de Elon Musk es *move fast and break things*. El aceleracionismo es brutal y esencialmente destructivo. Entre estrategia de choque e inundación de la zona, la estrategia consiste en no respetar nada de lo existente, en empezar de cero —para identificar lo que era «realmente» necesario a la luz de los gritos de angustia y el número de víctimas causados por su eliminación. Si todas las administraciones federales pueden ser brutalizadas con total impunidad, es porque DOGE se está subiendo —¿temporalmente?— a la doble ola de un fuerte resentimiento (contra las trabas, molestias y aberraciones que conlleva el exceso de *red tape*) y de un poderoso mantra (la automatización prometida por el despliegue de la IA).

Antes de colonizar el planeta Marte, el aceleracionismo reaccionario promete reducir los costos y tiranías de una burocracia que todo el mundo detesta (a menudo por buenas razones), pero que las fuerzas identificadas con la izquierda se encuentran defendiendo de manera generalmente acrítica y casi pavloviana —aunque una tradición progresista en torno a Cornelius Castoriadis había hecho de ella un importante objeto de análisis crítico en los años 60.²³ Incluso reconociendo la evidente necesidad de reglamentaciones sociales, mediáticas, medioambientales, ¿cómo no ver que las temporalidades, las mezquindades y las arrogancias de la burocracia heredada del siglo XIX están dolorosamente desfasadas de las necesidades y urgencias del siglo XXI? Las (falsas) promesas de reemplazo del humano por IAs invierten aquí su valor: de pesadilla de un desempleo generalizado, devienen sueño de reducción de costos, de «racionalización», de «modernización» y de eficacia (*governmental efficiency*). Hoy rompemos alegremente todo lo que no nos gusta

²³Cornelius Castoriadis, *La société bureaucratique*, Paris, Union générale d'éditions, 1973.

porque se promete reconstruirlo todo mañana, mejor y gratis, por la gracia de las IAs que sabrán optimizar la computación de la big data para encontrar a cada problema su algoritmo.

Los primeros meses de 2025 habrán sido así una gran experimentación, exhibida a cielo abierto, de la espantosa estupidez de las IA y de sus manipuladores descerebrados. La censura de Enola Gay como propaganda wokista puede servir de emblema de las aberraciones burocráticas de una IA que se supone que debe poner fin a las aberraciones burocráticas, y la multiplicación de tales ineptitudes amerita que se hable de ello, en una época en la que las risas son demasiado escasas. Pero, ¿quién puede decir, en este momento, si es delirante o simplemente ambicioso querer reorganizar en algunos meses, como lo anuncia DOGE, las 600 millones de líneas de código de la Administración de la Seguridad Social, del lenguaje COBOL, heredado de los años 50, en un lenguaje más reciente y eficaz? Hace años que los bancos más grandes han intentado hacerlo, y la mayoría ha renunciado a seguir intentando. Mientras que COBOL funciona (y no demasiado mal), ¿por qué insistir en actualizarlo a toda costa, asumiendo el riesgo muy real de colapsar el sistema, con terribles consecuencias humanas para los estadounidenses más vulnerables? De otro lado, ¿quién hubiera creído, hace tan solo diez años, que DeepL lograría tan rápidamente su grado actual de fidelidad?

El aceleracionismo reaccionario, simbolizado por las IAs de DOGE, ilustra sobre todo la ingenuidad de todo determinismo tecnológico que no pone en primer plano de sus consideraciones el modo en que las agendas político-económicas instrumentalizan las nuevas tecnologías para promover sus (viejos buenos) intereses de casta y de clase. El *hype* de la IA es una forma de ciertos círculos claramente definidos de reforzar su control sobre la captación de riquezas a escala mundial. Si el predominio evidente de las fuerzas de extrema derecha se debe a que los poderes del dinero y las finanzas se inclinan claramente de su lado, también se debe a la incapacidad de los

movimientos progresistas para constituirse en fuerzas políticas capaces de reorientar los usos y los objetivos de nuestros avances tecnológicos.

La cuestión del aceleracionismo no puede reducirse a un imperativo de *moving fast*, y mucho menos a la facilidad de *breaking things*. Tampoco se trata de distinguir entre lo que debe «avanzar» y lo que debería «retroceder». Consiste más bien en intentar comprender –analítica y experimentalmente, pragmática y consensualmente– qué mejoraría al ser acelerado, qué debería al contrario ser ralentizado y qué demanda ser preservado.

Así, en el caso de las IA, no se trata solo de estar a favor o en contra, de creer o no en sus promesas. Mientras que el *hype* desmesurado de los inversores de Silicon Valley intenta imponerlas a la fuerza en todos los intersticios de nuestra vida, la verdadera propuesta aceleracionista consiste en preguntarse dónde y por qué hacerlas intervenir, qué espacio es mejor preservar y qué formas de comportamiento humano se revelan al entrar en contacto con ellas y al contrastarlas. Lejos de querer precipitarlo todo y digitalizarlo todo, un aceleracionista en serio buscaría especificar los dominios de experiencia y colaboración donde nosotros *no* tenemos necesidad de IA –ni tampoco de electricidad, siendo que ambas terminan por encontrarse tangencialmente.

Acelerar bien –en la dirección correcta– implica escuchar (lo que requiere tiempo de estudio y conversación), y no solamente calcular (que puede ser automatizado por la computación). Más que sobre la potencia de nuestros generadores de texto, imágenes o de electricidad, nuestras fuerzas progresistas deberán aprender a aprovechar nuestras capacidades de interpretar de otra manera los bucles de información que nos atan a nuestros ambientes. Si el «realismo capitalista»²⁴ impulsado por las IAs condena nuestro futuro a un camino claramente socio y ecológicamente suicida, es quizás del lado de un «disrealismo» todavía apenas imaginable que deberemos ir a

²⁴Ver Mark Fisher, *Le Réalisme capitaliste. N'y a-t-il aucune alternative ?*, Genève, Entremonde, 2018.

buscar –y experimentar– aquello que podría reorientar nuestras prácticas interpretativas.